

*Marco Polo describe un puente, piedra por piedra.*

*–¿Pero cuál es la piedra que sostiene el puente? –pregunta Kublai Kan.*

*–El puente no está sostenido por esta piedra o por aquella –responde*

*Marco–, sino por la línea del arco que ellas forman.*

*Kublai permanece silencioso, reflexionando. Después añade:*

*–¿Por qué me hablas de las piedras? Lo único que me importa es el arco.*

*Polo responde:*

*–Sin piedras no hay arco.*

Las ciudades se han vuelto inhabitables, pues el sentido que había tenido la ciudad estaba asociado a un concepto de vida que hemos perdido: “los deseos ya son recuerdos”.

Quizá nunca fueron realmente habitables. Que sean habitables o no dependen del beneplácito de los cohabitantes y de ciertos acuerdos, tácitos o no, sobre la moral a respetar. Vivir, quizá, es una casualidad, pero convivir es excepcional. La ciudad, así, está hecha de “*excepciones, exclusiones, contradicciones, incongruencias, contrasentidos*”. Es todo lo que, finalmente, ordena la propia posibilidad de la vida común.

Las ciudades, ahora, se han vuelto un enigma. El presente no se corresponde con su pasado. Hay que re-trazar su historia: “la ciudad no cuenta su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, cada segmento surcado a su vez por arañazos, muescas, incisiones, comas”. No hay nada evidente en ellas. Solo hay huellas de su propio relato.

Hay más: la ciudad son sedimentos de otras ciudades: “a veces ciudades diferentes se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre”. Pisamos el suelo viejo de decisiones políticas sobre el asfalto y el material de la acera, el horario del transporte público y la coordinación, a veces defectuosa de los semáforos. Es un sedimento, el último, sobre el impacto de las herraduras de caballos, venta ambulante y serenos afónicos de anunciar el comienzo de la noche.

*¿Quién eres tú en ese sitio en el que tienes tu techo, quizá parte de tu propia narración, donde hablas con los vecinos, compras el pan y coges el autobús? Un día llegaste. Estás ahí. ¿Quién eres tú ahí? ¿Quién eres tú en lo inhabitable? “Al llegar a cada nueva ciudad el viajero encuentra un pasado suyo que ya no sabía que tenía: la extrañeza de lo que no eres o no posees más, te espera al paso en los lugares extraños y no poseídos.”*

Un lugar donde vivir. Ese lugar puede ser solo un lugar o un hogar. No depende de la cursilería del enunciador, sino de cómo en serio nos tomemos el –supuestamente asegurado– derecho a la vida. El lugar donde vivimos *dentro* de la ciudad nos protege del... *afuera*. ¿Qué es el afuera, que es a la vez la ciudad? “¿por qué la ciudad? ¿Qué línea separa el dentro del fuera, el estruendo de las ruedas del aullido de los lobos?”

Los mapas se configuran con coordenadas que se prometen estables. Los lugares de ese mapa son puntos en el plano que se colocan según criterios defendibles. Pero cuando esos puntos se vuelven inhabitables, dan igual las métricas detrás de ellas. No hay ciudades sino promesas.

“Nadie sabe mejor que tú [...] que no se debe confundir nunca la ciudad con las palabras que la describen”.

Podríamos pintar nuestros caminos en un mapa. Podríamos, pero siempre después de haber andado. Marcamos los lugares que hemos visitado como si su existencia fuese un punto detenido en un recorrido y no esa esquina, ese bar, ese olor, esa gente, ese bazar, ese sorbito de agua, ese pan con queso. “La ciudad es una para el que pasa sin entrar, y otra para el que está preso en ella y no sale; una es la ciudad a la que se llega la primera vez, otra la que se deja para no volver”. A veces miro a los ojos de la gente en el metro y pienso en sus vidas. No sé nada de ellos y compartimos un espacio cerrado, subterráneo. Quizá no los veré nunca más, quizá ya los he visto, quizá los veré y no recordaré su rostro. Es anónimo y presente. No es posible la vida sin ellos, los anónimos, quizá justos o injustos, quizá malnacidos o gloriosos seres. “—*El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es arriesgada y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio*”